

FILIU, JEAN-PIERRE (*): *la révolution arabe: dix leçons sur le soulèvement démocratique*, (la revolución árabe: diez lecciones sobre el levantamiento democrático)

MARIANO DARANAS PELÁEZ(**)

I. INTRODUCCIÓN: PRESENTACIÓN DE LA OBRA Y MÉTODO DE EXPOSICIÓN.

El título es en sí mismo toda una presentación: se trata de una visión global del proceso vivido en la primera mitad del pasado año 2011 por TUNEZ y EGIPTO y, en menor medida, por otros países árabes (sorprendentemente no se hace apenas referencia a los continuos disturbios de YEMEN), de un intento del autor, diplomático de carrera e historiador especializado en lo que convencionalmente se conoce como mundo árabe(1), de extraer conclusiones más o menos generales sobre el desarrollo de los acontecimientos y, en menor medida, sobre las perspectivas posibles para un futuro inmediato. De ahí, en lo primero, el título (significativamente en singular) de “revolución árabe”, y en lo segundo, la palabra “lecciones” en el subtítulo. Si tenemos presente por otra parte que varios capítulos. antes de relatar los hechos recientes, hacen referencias concretas, a veces pormenorizadas, a un pasado no inmediato (fines del siglo XIX y principalmente primera mitad del XX), apreciamos en la obra los tres elementos que, según la definición de Cervantes, definen la historia como ejercicio intelectual y científico: memoria del pasado, testigo del presente y ejemplo y aviso del porvenir.

(*)París, FAYARD, 1911. ISBN :978-2-21-366- 601-3. Formato en rústica (con tapas satinadas), 251 páginas (215 de texto, más 17 de notas, 5 de índice cronológico, 5 de índice alfabético de nombres propios, 2 de bibliografía y, finalmente, 3 de “recursos electrónicos”, es decir, servidores informáticos,, blogs, etc.

(**) Letrado de las Cortes Generales.

(1) En efecto, el Sr. FILIU es también autor de los siguientes libros: *Mitterrand et la Palestine*, FAYARD, 2005; *Les frontières du jihad*, FAYARD, 2006; *L'Apocalypse dans l'Islam*, FAYARD, 2008 y *La Véritable Histoire d'Al-Qaida*, FAYARD, 2009.

En correspondencia con el título, la obra se articula en diez capítulos, todos encabezados, por lo demás, con una frase lapidaria que proclama y condensa la enseñanza, la “lección” de los hechos relatados. Casi podría decirse que cada capítulo formula y desarrolla una tesis. Así, por ejemplo, el Capítulo 1 se titula “Los árabes no son ninguna excepción”; el 2, Los musulmanes no son simplemente musulmanes” y el último (es decir, el 10) “El renacimiento no es una partida de dominó”.

La estructura descrita invita directamente a resumir el contenido de la obra en diez partes, en el orden mismo de los capítulos, resúmenes que irán seguidos de unos comentarios sobre el conjunto.

II. RESUMEN DEL CONTENIDO

“Primera lección”—“Los árabes no son ninguna excepción”.

El autor empieza afirmando que como mínimo desde la caída del muro de Berlín en 1989 los árabes “han sido objeto de un trato aparte en el debate internacional sobre la transición democrática” en el sentido de que frente al mundo occidental, el espacio geo-lingüístico conocido como mundo árabe y constitutivo de una “comunidad” específica, aparecía como “algo” culturalmente distinto y refractario a los modelos democráticos de Europa; en una palabra, “los Árabes eran descritos como el Otro por excelencia, lo que les ponía al margen de la modernidad y de sus beneficios”.

Después de una ojeada histórica al mundo árabe desde comienzos del siglo XIX (sin perjuicio de mencionar al final la revolución del ayatollah EL-KHOMEINY en Irán, país musulmán, pero no árabe) hasta nuestros días, el capítulo se detiene en los sucesos de TÚNEZ, donde el 17 de diciembre de 1910 se suicida prendiéndose fuego en plena calle y a la luz del día en la localidad de Sidi Buzid un joven vendedor ambulante, desesperado por el acoso y los impedimentos de la policía local. El hecho desencadena una oleada de manifestaciones de masa cada vez más violentas en el sur y el centro del país hasta culminar en la capital en enero de 2011. Decretado sin éxito el toque de queda, el ejército fuerza el 14 de enero la dimisión del Presidente Zin

al-Abidín BEN ALI, que, después de haber derrocado sin resistencia al anciano Presidente Habib BURGUIBA en 1987, había desempeñado ininterrumpidamente desde su primera elección en 1989 la Jefatura del Estado, merced a sucesivas reelecciones sin oposición alguna digna del término.

Los acontecimientos de Túnez, ampliamente difundidos por la prensa y la radio de los países del norte de África, y más aun por los abonados a Internet, repercuten inmediatamente en Egipto, donde desde hace años se desarrolla un movimiento de protesta, no por reprimido menos intenso e influyente, contra el anciano Presidente Hosni MUBARAK, que, desde el asesinato de Anuar ES-SADAT en septiembre de 1981, había ejercido sin interrupción el mando supremo más de treinta años.

El anuncio del Jefe del Estado de su deseo de presentarse candidato por cuarta vez en las elecciones previstas para septiembre del mismo año 2011, hace que estalle la cólera tanto tiempo reprimida de grandes sectores de la población (especialmente las capas medias y modestas, infiltradas en su mayoría, cuando no dirigidas abiertamente, por diversos grupos islamistas, en particular los Hermanos Musulmanes), y durante varios días se suceden en las principales ciudades unas manifestaciones populares que, cada vez más numerosas, culminan el 25 de enero ("día de la ira") con la ocupación de la céntrica plaza caiota de *At-Tahrir* ("La Liberación"), enfrente de los grandes edificios ministeriales. Tras varias jornadas de choques sangrientos entre policía y opositores, el Presidente MUBARAK, forzado también en este caso por los altos mandos del Ejército, que se niegan a reprimir el movimiento popular por las armas, dimite el 11 de febrero.

A la vista de este desenlace en ambos países el autor afirma, en los mismos términos que el encabezamiento del capítulo: "Los árabes no son una excepción". Lo excepcional era la "permanencia de las bandas (*cliques*) dirigentes, por más que "los prejuicios culturales" y los "posicionamientos políticos" en el mundo occidental hayan impedido todos estos años tomar en consideración la amplitud del rechazo por los pueblos árabes de los regímenes autoritarios o dictatoriales." De hecho", concluye Jean Pierre FILIU, "la única verdadera excepción árabe reside en la rapidez con la que el levantamiento democrático ha barrido un régimen y a continuación el otro".

“Segunda lección: Los musulmanes no son simplemente musulmanes”.

Este capítulo es un intento sistemático de refutar el argumento (según el autor un “prejuicio”), muy difundido en Occidente desde los atentados de fundamentalistas islámicos de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, de que el mundo musulmán no ha conocido nunca el equivalente de la separación occidental entre Iglesia y Estado. Partiendo de nuevo de una ojeada retrospectiva que se remonta a la fundación del Islam, se afirma, por un lado, que nunca ha existido una iglesia islámica digna del término, que el Islam se diversificó y segmentó desde el primer momento en multitud de orientaciones y tendencias y que ha sido en muchos aspectos la expansión europea del siglo XIX lo que ha conducido a “llenar el foso” entre las esferas política y religiosa en el mundo musulmán, mediante una política de sometimiento forzoso de los jeques y los ulemas a un poder civil controlado por la potencia colonial. Más adelante el autor matiza su alegato reconociendo que “sería absurdo negar el componente religioso de la identidad colectiva o individual” del mundo árabe, pero no por esto deja de insistir en la pluralidad de factores y elementos de la revolución tunecina, para él ejemplo y paradigma de la cadena de acontecimientos en el Magreb y en Oriente Medio. El imperativo fundamental en todos estos movimientos se declina en términos de dignidad, honor y orgullo. “La corriente revolucionaria anima fundamentalmente un combate por la autodeterminación, por la liberación frente a una banda corrompida para recuperar el control de los destinos de la nación...”. Y en Egipto, los *eslogans* de la plaza de *At-Tahrir* en El Cairo no invocan la religión, sino objetivos esencialmente políticos y patrióticos (“Egipto o MUBARAK”, “¡No más hipocresía!”, “¡Vete al infierno!” o “¡Márchate y déjanos vivir!”).

El capítulo concluye: “El levantamiento contra el presidente MUBARAK, cuya legitimidad islámica estaba inscrita en la Constitución, suscita protestas paralelas de militantes musulmanes o cristianos contra sus propias jerarquías religiosas y conservadoras. En cuanto al proceso revolucionario que se ha llevado por delante a BEN ALI, en un Túnez cuya población es casi exclusivamente musulmana, se ha desarrollado sin la menor dimensión religiosa. La insurrección libia

es abiertamente nacionalista e integra en un país también religiosamente homogéneo factores islámicos como componentes de la identidad nacional, pero no en una clave especial. Las mismas observaciones pueden hacerse acerca de las protestas en YEMEN o en OMAN... La fe sigue siendo esencial en términos de movilización política, pero ha perdido su vocación global. Los diferentes actores pueden, por lo demás, sacar conclusiones operativas muy divergentes de sus convicciones islámicas. Esta pluralidad de opciones y la imprevisibilidad del factor religioso existen también, como veremos, entre los islamistas, con unas consecuencias muy dispares sobre su dinámica política”.

“Tercera lección: la juventud en primera línea”

El título mismo es suficientemente descriptivo del contenido. En efecto, se resumen en sólo quince páginas las causas directas e inmediatas de unas sublevaciones protagonizadas de modo casi exclusivo por masas de jóvenes que constituyen en todos los países árabes una proporción aumentativa de la población y que desde hace ya décadas se ven abocadas al paro por la imposibilidad de encontrar un puesto digno y estable de trabajo. A esto se añade que en casi todos los países árabes, salvando diferencias porcentuales no decisivas, el nivel medio de desempleo de la juventud es muy superior (en Argelia, por ejemplo, el triple) al del resto de la población; que el paro entre los diplomados universitarios es mucho mayor que el de los trabajadores no cualificados y que los universitarios tienen un riesgo mucho mayor que el de los diplomados o graduados en general de terminar en el desempleo. Por otra parte, la elevación de los niveles medios de instrucción, especialmente en el conocimiento de la lengua árabe y en menor medida del inglés, el acceso generalizado a los medios de comunicación de masas, no sólo árabes por cierto, y el uso creciente de los medios informáticos, han permitido y fomentado las relaciones y contactos entre las juventudes nacionales de todo el mundo árabe. Se han dado pues, dos elementos esenciales para un caldo de cultivo revolucionario: por un lado, unas masas desesperadas por la falta de oportunidades de trabajo y de perspectivas de vida aceptables, y por otro, la facilidad y frecuencia cada vez mayor de enlace y apoyo mutuo, dentro y también a través de las fronteras nacionales, entre los diversos movimientos de protesta.

El capítulo dedica unas páginas instructivas al papel desempeñado como caja de resonancia de la protesta popular por cantantes y panfletistas populares, primero en Túnez y poco después (y más aun) en Egipto. Por lo que se refiere específicamente a los acontecimientos del Cairo, los que el autor llama “ciber-disidentes” consiguen con sus métodos improvisados e inventivos equilibrar al final la influencia de los muy disciplinados Hermanos Musulmanes en la lucha común contra el poder establecido.

“Cuarta lección.—No son las redes sociales las que han hecho la primavera”.

Se relata en sustancia por orden cronológico un proceso que se había dado ya en otras latitudes bajo regímenes autoritarios. En efecto, Túnez conoció una fase inicial de rigurosa censura de los medios de comunicación electrónica, especialmente los servidores de SMS e *Internet*, casi todos en manos de operadores particulares allegados a la familia natural o por afinidad del Jefe del Estado. Pero esta censura pronto resultó ineficaz gracias a la proliferación simultánea de operadores particulares, especialmente en los llamados ciber-cafés y en numerosos restaurantes, donde se intercambiaba libremente toda clase de mensajes y de información, gracias en buena parte, como apunta el autor, a que eran los propios regímenes tunecino y egipcio los que paradójicamente habían hecho posible esta evolución al subvencionar vastos programas de equipamiento informático para el conjunto de la población. En una segunda fase el gobierno tunecino empezó a vigilar los ciber-cafés, (*publinets*), llegando a comprobar la identidad de los usuarios, y a censurar la correspondencia electrónica mediante el sistema DPI (*Deep Packet Inspection*) y a suspender temporalmente *Facebook* en el verano de 2008 por una serie de artículos críticos contra el poder.

Por su parte, Egipto no ha practicado el control absoluto de los medios de comunicación. Antes bien permitió a lo largo de los años, especialmente a partir de 2004, el desarrollo de una prensa relativamente libre y sólo censuró moderadamente el uso de *Internet*. Así pudo desarrollarse con rapidez una auténtica “comunidad compacta de *blogueros*” que emprendió la labor de denunciar los casos de violencia sexual, muchos en la vía pública, silenciados por la prensa

oficial, los abusos y violencias de la policía y las huelgas de cierta magnitud en sectores claves de la economía nacional. El Gobierno reaccionó con cierto éxito en 2008 bloqueando los SMS y encarcelando a numerosos activistas informáticos, pero no logró poner fin a la actividad semi-clandestina de *Facebook* y de otras sistemas (a raíz de una gran huelga del sector textil el 6 de abril de ese año y del llamamiento inmediato a la huelga general por los canales informáticos). La represión llegó a su punto álgido en junio de 2010 al detener la policía a un operador en un ciber-café de Alejandría, al que golpeó hasta quitarle la vida. Inmediatamente se difundieron por *Facebook* imágenes del cadáver y todas las fuerzas de oposición convinieron en calificar de “mártir” (*shahíd*) al ciber-militante asesinado.

En Túnez los ciber-disidentes emprendieron en diciembre de 2010 una campaña de difusión de imágenes de toda clase de protestas populares (incluyendo huelgas estrictamente laborales) y de su represión por las fuerzas del orden y, como en Egipto, fue en rápido aumento la actividad de los *bloggers*, así como el recurso a *Twitter* y a páginas como *Flickr*. También aquí el régimen creyó acabar con el movimiento pirateando o cerrando, según los casos, centenares de páginas *web*, neutralizando el acceso de seguridad (*https*) a *Facebook* y abriendo las páginas de los disidentes a la infiltración gubernamental. Pero en vano: ya el 3 de enero de 2011 un grupo de piratas informáticos (*hackers*) conseguía (“operación Tunecia”) perturbar todas las estaciones y páginas del Gobierno. Este replicó encarcelando a varios *bloggers*, a la vez que reprimía sangrientamente algunas manifestaciones callejeras, pero fue en esta ocasión Internet la que, al difundir las imágenes de la violencia policial, galvanizó la protesta popular en la capital y sus alrededores, protesta que, al negarse el Ejército a reprimirla, forzó la dimisión y huida del Presidente BEN ALI.

De lo que antecede cabría deducir a primera vista que en ambos países, Túnez y Egipto, las comúnmente conocidas como “redes sociales” han desempeñado un papel determinante en la revolución popular. Sin embargo, el autor lo niega categóricamente. Por lo que se refiere a Túnez, hace suyas las conclusiones de un grupo de informáticos locales a raíz de los acontecimientos. “...las redes sociales no han sido ni el catalizador ni la estructura del movimiento

de protesta... Sólo en la fase postrera del levantamiento democrático es cuando los ““*twitterers*”” (sic) han contribuido a la dinámica del conjunto, y aun así actuando como repetidores (*relais*) de la protesta, en Túnez como en el extranjero”. En cuanto a Egipto, Jean-Pierre FILIU llega a una conclusión análoga, si bien matizada: “El modelo egipcio de la llamada vía *Facebook* a una jornada de protesta, que no se dio en el levantamiento tunecino, no consiguió desencadenar un movimiento de masas el 6 de abril de 2008, pero ha conocido un éxito extraordinario el 25 de enero de 2011. Aun antes de la caída de MUBARAK, –prosigue el autor- inspira a los contestatarios en otros países árabes, donde se desarrollan concentraciones de solidaridad ante las embajadas egipcias” (se citan concretamente la llamada a “dos días de ira” en Siria, a partir del 4 de febrero de 2001 el llamamiento de la Coordinadora Nacional para la Democracia y el Cambio en Argelia a manifestaciones populares el 12 del mismo mes; el llamamiento de la oposición en Libia (en realidad, sólo en la Cirenaica, es decir, en el este el país) a un “día de cólera” el 17 de febrero, y finalmente el llamamiento en Marruecos a manifestaciones en la calle para el 20 de febrero, contrarrestado, sin embargo, con cierto grado de éxito por una campaña del propio Gobierno en *Twitter*).

Después de un excursus sobre los acontecimientos en Siria y Líbano a partir de marzo de 2001, Jean-Pierre FILIU concluye en el párrafo final del capítulo: “las redes sociales han contribuido a frustrar a última hora el control de la seguridad en Túnez y han representado la chispa de la revolución del ““25 de enero” en Egipto. Han resultado esenciales en ambos casos para alimentar un sentimiento colectivo de rencor y de ambiciones compartidas, especialmente en el seno de la juventud urbana e instruida...han participado en el derribo del muro del miedo”. Pero, constata a renglón seguido el autor, “una vez abierta la brecha, su importancia real en el proceso revolucionario ha pasado a ser secundaria”.No ha habido ““revoluciones 2.0””, sino un nuevo instrumento en la caja de herramientas revolucionaria. La clave ha sido y sigue y seguirá siendo siempre la organización. Y bien podría ser que la dinámica acéfala del levantamiento democrático, a veces ignorada por centrarse la atención en la ““*generación Facebook*””, sea la verdadera novedad de esta revolución árabe”.

“Quinta lección.—Se puede ganar sin un jefe”.

Ya el segundo párrafo es revelador: ”... Las emociones políticas árabes han estado galvanizadas durante décadas por la figura carismática del líder-salvador, a quien, según consenso general, había que sacrificarse “con el alma y la sangre” ...El apogeo de esta adoración colectiva se alcanzó con Gamal ABD-EL-NASSER.... Muammar KADHAFI era ferviente discípulo de NASSER y su derrocamiento pacífico de la monarquía libia en septiembre de 1969 fue ampliamente celebrado como una liberación. En cuanto a BEN ALI, todo Túnez le ensalzaba en noviembre de 1987, a raíz de su “golpe de Estado médico” contra BURGUIBA”.

“Pero”, proclama el párrafo siguiente, “todo ha cambiado hoy, pues ya no se trata de sustituir a un líder (desacreditado) por un líder (redentor), sino de deshacerse del líder de una vez para siempre.. “¡Lárgate!”, “¡Irhal!”” (en versión original)...Este es el grito unánime que los oponentes lanzan a la cara de su dirigente, acompañándolo a veces con sus propios zapatos, por si el mensaje no resulta lo bastante claro....., queman su retrato aquí y ahora, desgarran en pedazos su retrato, cuelgan un muñeco con su efigie, borran su imagen, la mutilan, la escupen.....invocan al pueblo y a la nación, sin otra imagen que la de sus compatriotas caídos en un mismo combate”.

Jean- Pierre FILIU, concluye: “Esta dimensión del levantamiento democrático, por desconcertante que resulte para a los comentaristas y a las cancillerías, es posiblemente la más revolucionaria”.

Cabría en rigor terminar aquí el resumen del capítulo , pues el resto consiste en un relato minucioso de unos acontecimientos revolucionarios en gran parte del mundo árabe, principalmente Egipto y Túnez, pero también Bahrein y el Yemen, Siria y, bien es verdad que en mucha menor escala, los Reinos de Jordania y Marruecos (donde, por lo demás, la promesa del Rey de lanzar un programa de reformas ha neutralizado hasta cierto punto los movimientos de protesta)y al final Libia , relato que, salvando matices obligados según los países estudiados, se resume en que por doquier, salvo hasta cierto punto Yemen y Libia, han actuado tres fuerzas sociales: primera, principal

y omnipresente, las juventudes de los centros urbanos; segunda, a escala bastante menor, los sindicatos y tercera, las organizaciones nacies (pero en rápido crecimiento) de defensa de los derechos humanos. Por el contrario, en Yemen y más aun en Libia, verdaderos mosaicos étnicos, el factor determinante (no el único, pero sí, repetimos, el decisivo) han sido las tribus tradicionalmente adversas al Gobierno central (o, dicho con más precisión, adversas a la tribu o alianza de tribus que ha servido casi siempre de apoyo y soporte al Gobierno).

“Sexta Lección.—La alternativa a la democracia es el caos”.

Es aun más aplicable aquí nuestra observación preliminar sobre la utilización del título como enunciado lacónico y categórico de una tesis política que el autor procura enseguida apoyar en una minuciosa exposición cronológica de unos acontecimientos revolucionarios ya descritos en lo fundamental, dicho sea incidentalmente, en algunos de los capítulos anteriores.

Una vez más (recordemos el título del primer capítulo y, si bien en menor medida, el del segundo) la exposición se abre formulando en tono absoluto y simplista, con manifiesta intención de caricatura, una idea que, según el autor, constituye uno de los lugares comunes y a la vez una de las falacias de la visión del mundo árabe prevaleciente en las democracias occidentales, idea que el propio autor procura luego ir no ya refutando, sino ridiculizando, con su análisis de los hechos para terminar afirmando exactamente la tesis contraria.

Se empieza en efecto diciendo: “La extraordinaria resistencia de los regímenes árabes durante las tres últimas décadas se ha alimentado en parte en su capacidad de presentarse como la única alternativa al caos. En la relación estratégica con los aliados occidentales y los socios exteriores, esta cómoda justificación se correspondía perfectamente con los tenaces prejuicios sobre el “despotismo oriental”, reforzados por una retórica anti-islamista paradójica en el fondo: las dictaduras declaradas, o al menos los regímenes autoritarios, se consideraban como el único baluarte frente al islamismo, que, por su presunta popularidad tendría garantizada la victoria en cualquier competición electoral. Es por esto

por lo que las elecciones nunca podrían ser totalmente libres, del mismo modo que tampoco se podrían reconocer plenamente los derechos de asociación y de expresión... En el plano interno, se derramaba *ad nauseam* el mismo discurso sobre unos ciudadanos-súbditos infantilizados por las celebraciones del dirigente, mientras la propaganda de Estado se afanaba en tenerlos sumidos en el temor... Los poderes gobernantes habían llegado por lo demás a convencerse de la realidad de su obsesión, la amenaza islamista. No jugaban únicamente esta carta en el exterior. Saturaban también a sus propias ““masas”” con relatos espeluznantes sobre la inevitabilidad de la destrucción, de la ruina, incluso de la guerra civil en caso de oposición significativa....”

Siguen varios párrafos sobre los “tres estratos de acontecimientos trágicos” que, según él, han contribuido a abrochar esta “camisa de fuerza árabe”, a saber, el asesinato del Presidente egipcio Anuar ES-SADAT el 6 de octubre de 1981, la revolución frustrada en Irak contra el dictador Saddam HUSSEIN en marzo de 1991 seguida en enero de 1992 por la suspensión del proceso electoral en ARGELIA para evitar la victoria anunciada del Frente Islámico de Salvación (FIS) y, en tercer lugar, la represión sistemática contra los elementos islamistas, especialmente en EGIPTO, entre 2001 y 2003, a raíz de los atentados de Nueva York y Washington el 11 de septiembre de 2001.

Más adelante se reconoce que al final han sido los mandos militares supremos, tanto en Egipto como en Túnez, quienes han dado el golpe de gracia a una dictadura de varias décadas, tras varias semanas de disturbios crecientes cuya represión policial resultaba a la vez brutal e ineficaz, y contra los que el conjunto de las Fuerzas Armadas se negaba, tras unas primeras (e infructuosas) cargas de intimidación, a intervenir en gran escala, consciente como era de que la liquidación del movimiento revolucionario sólo podía lograrse al precio de muchas vidas.

Se resumen a continuación las revoluciones de Bahrein, Yemen, Libia y finalmente Siria (las dos últimas sólo en sus comienzos en el momento de editarse la obra), tras lo cual el autor afirma, con acentos casi triunfales:

“La revolución árabe ha enterrado, pues, la alternativa dictadura o islamismo, que había sido un tesoro histórico para todos los autócratas. Pero ha revelado también que la verdadera alternativa sobre la que se juega hoy en la región es justamente la democracia o el caos; un caos alimentado o manipulado por dirigentes sometidos a una presión sin precedentes. Dos elementos han sido determinantes para contener los estragos de la apuesta de estos regímenes sobre el caos: la auto-disciplina del movimiento de oposición que las más veces ha sido impresionante, a pesar de la violencia de las provocaciones y el número de pérdidas, y el patriotismo de las fuerzas de seguridad, sobre todo del ejército... Ya no hay desde este momento contradicción entre los manifestantes que corean “Abajo el régimen” y su confraternización con los militares”.

En el último párrafo del capítulo FILIU reconoce que los rebeldes en lucha en Siria, en Yemen y en otros lugares, se enfrentan a un nuevo reto, el más difícil de todos, organizarse para evitar su liquidación física, es decir militarizarse, sin perjuicio de preservar su “dinámica cívica”. Aun así el autor termina repitiendo la idea del enunciado del capítulo: La única alternativa a la democracia es el caos: por esto mismo los dictadores van a empeñarse en hacer lo más caótica posible la transición democrática”.

“Séptima lección.—Los islamistas contra las cuerdas”.

Todo el capítulo se resume en un relato que es a la vez una tesis: la de que el movimiento de los Hermanos Musulmanes, fundado en Egipto en 1928 por el reformador islamista Hassan al-BANNA y extendido en las últimas décadas a la mayor parte de los Estados musulmanes con alternativas de presión policial y de tolerancia tácita, sin llegar hasta hace muy pocos años, ya en el siglo XXI, a tener reconocimiento legal, ha terminado, tras una larga y penosa evolución, por imponer en su propio seno una línea de moderación frente a una tendencia aún reciente y radical originaria de Arabia Saudita, los *wahabitas* (grupo principal del movimiento llamado *salafista*), la punta de lanza contra lo que se conoce genéricamente como fundamentalismo islámico, tendencias que habían conseguido infiltrarse en la propia organización y ganarse a un número minoritario, pero significativo, de sus afiliados.

La realidad, explica el autor, es que hubo una época, los años ochenta, en que los Hermanos Musulmanes (*al-Ajuán al muslimín*) y los *wahhabitas* cooperaron en extender la influencia islamista en todo el mundo árabe, gracias en gran parte a la tupida red de ramas o secciones de los Hermanos en Jordania, Sudán, Túnez, Irak y en algunos pequeños Estados del Golfo Pérsico (en lo sucesivo el Golfo). Pero pronto surgieron las desavenencias entre los primeros, que, aleccionados por las persecuciones sufridas, especialmente en Egipto bajo el régimen nasserista, habían renunciado a la lucha armada, limitándose al proselitismo y a la propaganda no violenta, y los segundos que, por el contrario, preconizaban el recurso a las armas de no tener éxito la vía pacífica (precisamente la negativa de los Hermanos a involucrarse en la guerra de Afganistán más allá de un apoyo estrictamente política y financiero abocó a la desertión de una de sus miembros principales, el saudita Osama BIN-LADEN, que pasó a fundar una organización secreta y terrorista con el nombre de *Al-Qaida*, literalmente “la Base”).

La ruptura llegó en agosto de 1990 con la invasión del Emirato de Kuwait por Irak, que obligó a los Hermanos a optar entre sus padrinos islamistas (y generosos donantes) del Golfo y sus propias bases, mayoritariamente favorables al nacionalismo árabe y al estilo socializante del régimen iraquí. El movimiento terminó decidiéndose por la segunda opción, sobre todo, recuerda el autor, tras haber pedido el Reino de Arabia Saudita el despliegue de medio millón de militares americanos en su propio territorio. Esto abocó a una “fractura” entre la secta y los salafistas. cuya lealtad se vio pronto recompensada al “depurar” Arabia Saudita a los Hermanos de sus diversas instituciones y organismos de influencia y transferir su gestión a los salafistas más rígidos (“y menos críticos”).

Con esto, prosigue FILIU, quedaba “plantado el decorado para los turbulentos años 1990, que vieron el ascenso y luego el hundimiento de las guerrillas *ihadistas* en Argelia como en Egipto”. Es verdad que al principio los Hermanos Musulmanes se vieron atrapados en cierto modo “entre el martillo de la represión estatal y el yunque de la escalada extremista”, a lo cual se añadió un nuevo elemento, una propaganda no ya apolítica, sino antipolítica que los salafistas empezaban a derramar por todo el mundo árabe, con el lema de que “la mejor política es el abandono de la política”; en otras palabras, “se asimilaba cualquier compromiso político a una idolatría que distraía de la adoración unívoca del Dios único”.

Pero no tardó en surgir en el seno del mundo musulmán (ya no estrictamente árabe) una fórmula política alternativa con la que nadie había contado: la subida al poder en TURQUIA, tras dos victorias electorales en 2001 y especialmente en 2007, del Partido de la Justicia y del Desarrollo (AKP en la sigla turca), formación islamista moderada que, sin perjuicio de revisar algunos de los postulados del laicismo militante impuesto por el fundador de la República Atatürk KEMAL, devolviendo así cierta influencia a la religión en el Estado y la sociedad, mantenía (y sigue manteniendo) el país en el marco de la OTAN y postulando su ingreso en la Unión Europea y emprendía además reformas claramente liberales en los ámbitos político y económico. Este planteamiento novedoso, conservador y reformista al mismo tiempo, unido al notable progreso económico de Turquía en toda la década inicial de este siglo XXI, ha venido a dar atractivo y un respaldo punto menos que decisivo a las posiciones mayoritariamente moderadas o, al menos no radicales, de los Hermanos Musulmanes, cuya rama tunecina, oficialmente llamada Partido del Renacimiento (*En-Nahda*) ha llegado a proclamar que “los turcos nos han enseñado el camino”.

Por lo demás, hacía años que algunos regímenes autocráticos o simplemente tradicionales o conservadores habían cesado virtualmente en su represión del movimiento, con el que mantenían incluso discretas negociaciones basadas en *un do ut des* político: renuncia de los Hermanos a toda violencia y aceptación del régimen establecido a cambio de poder presentar a sus militantes como candidatos oficialmente “independientes” en las elecciones. Así ha sucedido, por ejemplo, en los últimos tiempos de MUBARAK en Egipto, especialmente desde 2005, y al estallar la revolución popular de enero de 2011, los Hermanos o, dicho con más precisión su órgano supremo, el Consejo Consultivo (*As-Shura*), han terminado, tras unos primeros días de titubeos y disensiones internas, pactando con la cúpula militar y rechazando un nuevo llamamiento popular a la insurrección del 27 de mayo siguiente y han aprobado la formación de un partido propio, el de la Libertad y la Justicia. En Jordania los Hermanos, que tenían un *status* legal, han llegado a participar ocasionalmente en el gobierno y en Marruecos se ha escindido en dos el movimiento islamista: por un lado el Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD) que invoca insistentemente su proximidad ideológica al AKP turco y apoya el programa de reformas anunciado por el Rey MOHAMMED VI, y por otro, el movimiento Justicia y

Caridad que, por obra de sus juventudes radicales, ha sido la punta de lanza de las manifestaciones conocidas como “movimiento del 20 de febrero” del mismo año 2011 y denuncia como una farsa la reciente reforma constitucional. aprobada por referendun popular.

De todo lo anterior se deduce, según el autor, el “carácter heterogéneo” de las diversas formaciones islamistas en los países árabes, heterogeneidad que “ilustra ampliamente la inanidad del estereotipo de un Islamismo con i mayúscula esencialmente monolítico”. La única variable común a los diversos islamismos árabes, prosigue FILIU , es que les ha sorprendido sin estar preparados el levantamiento democrático, pues éste no correspondía a sus cálculos a corto plazo ni a su visión del porvenir”. En consecuencia, los islamistas tendrán que optar muy pronto, incluso si se obstinan en retrasar ”la hora de la verdad” . Ya no controlan, en efecto, ni el calendario ni los límites de la oleada democrática . Están ya involucrados en un proceso de transacción y negociación con un amplio espectro de partidos. instituciones y asociaciones, en el que cada cuestión requiere una respuesta pragmática que pueda ser creíble y aplicable. Más aun, esta interacción pluralista obliga a los islamistas a aceptar su propia diversidad y parece ya inevitable la polarización en el seno de los propios Hermanos Musulmanes. En definitiva, al haber cambiado el mundo árabe, los islamistas, después de décadas de una sola postura. la de oponerse a todo, tienen que elegir posiciones concretas y matizadas según las circunstancias de tiempo y de lugar, y prescindir de todo dogmatismo.

“Octava lección .—Los *jihadistas* sólo interesan ya a los dictadores.

El capítulo (por lo demás, bastante breve) no es, en rigor, más que un epílogo en lo cronológico y en lo dialéctico, del capítulo precedente, ya que aboca virtualmente, si bien exponiendo otros hechos, a la misma conclusión: los islamistas radicales, presa de su dogmatismo ideológico, han perdido gran parte de su influencia política y perdido contacto con la realidad social. El autor cree poder demostrarlo con varios hechos recientes, que resumimos a continuación.

El primero ha sido el fracaso clamoroso de los cálculos y previsiones de la máxima organización *yihadista*, la secta terrorista *Al-*

Qaida, con base en la zona norte de Pakistán, y muy especialmente de su jefe Osama BIN-LADEN, que nunca había creído seriamente en la posibilidad de que Barak OBAMA se convirtiera en el primer Presidente negro de los Estados Unidos y confiaba, por lo tanto, en que su contrincante republicano John McCAIN ganaría las elecciones presidenciales de noviembre de 2008 y, una vez instalado en la Casa Blanca, seguiría la política de respuesta militar de su predecesor y correligionario George BUSH ordenando el ataque a Irán, como BUSH había hecho primero con Irak y luego con Afganistán, acabando así con el régimen teocrático de los clérigos *shiítas*, en el que *al.Qaida* veía no ya un competidor político en el Oriente Medio sino ante también y ante todo un Estado herético y como tal un enemigo irreconciliable. Al salir elegido, por el contrario, el demócrata OBAMA, los islamistas, sumidos en la sorpresa y el desconcierto, guardaron dos semanas de silencio, tras lo cual lanzaron contra el nuevo mandatario una proclama injuriosa que apenas tuvo eco en los Estados donde la organización tenía ya ramas locales muy activas, especialmente Argelia y, menos aun en los que más interesaban a la secta como posibles focos revolucionarios. entre ellos Túnez.

El segundo fracaso de la propaganda *jihadista* se consumó en Egipto, país del que son originarios un buen número de cuadros y mandos de *al-Qaida*, y donde la organización se sintió finalmente obligada a emitir un comunicado un tanto adulator de la revolución popular de enero de 2011 (revolución protagonizada por millones de jóvenes ajenos en mayoría a todo encuadramiento religioso).

El tercer fracaso fue consecuencia de un cambio diametral de estrategia en el año 2003. Hasta entonces la secta se había concentrado en los ataques terroristas al que ella misma calificaba como “enemigo remoto”, es decir el enemigo exterior, personificado en muy primera línea por los ESTADOS UNIDOS y en menor medida por los demás miembros de la OTAN. Esto se hacía con el designio calculado de inducir a ese enemigo a medidas de intervención militar directa en los países de origen de los terroristas, países al mismo tiempo pro-occidentales, y con la esperanza de que la intervención provocara una reacción popular contra los gobiernos nacionales, estigmatizados desde el principio como el “enemigo próximo” por

su connivencia y colaboración con el imperialismo capitalista del mundo “infiel”. Pues bien, en mayo de 2003 *al-Qaida* lanzó inicialmente una campaña de ataques armados contra personas y bienes de ciudadanos norteamericanos y europeos residentes en los diversos Estados de la Península Arábiga, es decir en el seno del “enemigo próximo”, especialmente en el Reino saudita, pero pronto cambió de objetivo para concentrarse en las propias fuerzas nacionales de seguridad, con dos resultados tan negativos como inesperados: primero, una represión policial implacable, y segundo, enajenarse las simpatías de un amplio sector de la juventud dispuesto en principio a luchar fuera del solar patrio contra el “enemigo exterior”, pero de ningún modo en su país contra sus propios compatriotas, aun cuando fuesen presuntamente agentes o servidores de un régimen despótico y corrupto.

Esta derrota dio origen a lo que podríamos llamar cuarta fase del proceso revolucionario, a saber el repliegue de las células supervivientes de *al-Qaida* en la República del Yemen, en el extremo sur del Medio Oriente árabe, y la consiguiente fusión de las redes sauditas en la rama yemení de la secta. La realidad, constata el autor, es que esta rama no ha desempeñado papel alguno en las manifestaciones de masas contra el Presidente SALEH, el cual ha aprovechado, no obstante, la presencia de la organización en el territorio nacional para desacreditar a la oposición, quien le acusa a su vez de haber tolerado sus avances en las provincias meridionales. Aquí se reproduce, según FILIU, el esquema descrito por él mismo en el Capítulo Sexto: el régimen prefiere utilizar a la secta terrorista como escenario de distracción, para que el público apoye al Gobierno como última salvaguardia de la paz y el orden, antes que enfrentarse a una oposición civil con reivindicaciones concretas fundadas en las aspiraciones de buena parte de la población. Es esta actitud la que, a nuestro juicio, explica el título del presente Capítulo Octavo “Los *jihadistas* sólo interesan ya a los dictadores(2)”.

(2) El Presidente Ali Abdullah SALEH, que ha gobernado el país durante 33 años (contando los años en que había estado presidiendo la antigua república del Norte hasta la fusión en 1990 con la del Yemen del Sur) ha anunciado su dimisión el 22 de noviembre de 2011, después de más de un año de enfrentamientos las masas y las fuerzas de seguridad en las ciudades principales y de combates frecuentes entre diversas tribus.

Quinto escenario y quinto fracaso: la campaña terrorista en IRAK a raíz de la invasión y ocupación del país por las fuerzas de la OTAN. Aquí se ha reproducido la contradicción, por un lado, entre la lucha de "liberación contra "el enemigo lejano" y la revolución, por otro, contra un régimen local (que ya no era el del dictador depuesto Saddam HUSSEIN) acusado de ser "herético" (por no ser estrictamente religioso). En efecto, tras unos primeros ataques a bases y establecimientos norteamericanos en la zona occidental del país, con el apoyo mayoritario de la población local, pronto empezaron (otoño de 2005) los incidentes armados con las diversas facciones de la guerrilla sunnita y más adelante los actos terroristas contra los colegios electorales en el momento mismo, apunta el autor, en que los partidos sunnitas se disponían a oponerse en las urnas a un proyecto de reforma constitucional de inspiración federalista susceptible de marginalizarles en beneficio de la mayoría shiíta y de los kurdos del norte. En febrero de 2006 *al-Qaida* atentó contra los mausoleos de los imanes chiítas en Samarra, provocación sacrílega que desencadenó una guerra civil desastrosa para la minoría sunnita y durante la cual pereció en un bombardeo norteamericano Mussah ZARQAUI, segundo jefe de la organización y brazo diestro del líder máximo BIN-LADEN atrincherado desde hacía años en su refugio del norte de Pakistán. El "Estado islámico de Iraq" que sus partidarios establecieron en octubre de 2006, con la pretensión de recabar la fidelidad de los demás grupos sunnitas, sólo ha tenido por efecto abrir un nuevo ciclo de violencia entre las diferentes facciones armadas y ha desaparecido virtualmente de la escena.

No han corrido mejor suerte las tentativas de *al-Qaida* de desestabilizar el que podríamos llamar su sexto frente, a saber el Maghreb en sentido amplio, desde Libia hasta Mauritania. La secta no ha tenido influjo alguno en el origen ni en el desarrollo de la revolución contra el dictador libio Muammar AL-GADHAFI; peor aun, se ha granjeado la hostilidad de los rebeldes, entre ellos no pocos islamistas, al condenar el apoyo militar y diplomático de los Estados Unidos a su causa, en el que la organización denunciaba una intromisión del infiel en cuestiones internas entre musulmanes. Tampoco ha podido impedir en agosto de 2008 el restablecimiento del proceso electoral en Mauritania ni en enero de 2011 en Mali, ya en el África sub-sahariana. La decepción ha sido especial en el pri-

mero de estos dos Estados, que se ha movilizó, según el autor, en un "jihad" nacional contra la organización, fruto de un consenso entre todas las formaciones políticas.

En el momento actual, *al-Qaida* no tiene más esperanza que una hipotética y muy poco probable contrarrevolución conservadora, autoritaria, en una palabra antidemocrática, en los países donde la revolución acaba de triunfar; sólo así podría renovarse el movimiento jihadista, para el cual, dice Filiu, "la alternativa entre la obsolescencia y el relanzamiento es una cuestión de vida o muerte". En efecto, la caída de BEN ALI y el MUBARAK a manos del pueblo en su conjunto ha destrozado el mito, cultivado por los dictadores derrocados, de que sólo sus regímenes podrían, con una represión implacable, eliminar a los islamistas radicales y preservar la paz.

En conclusión, "*al-Qaida*" no es sino un paréntesis... en la historia del Islam y del mundo árabe. En modo alguno un apogeo, sino una aberración". Una vez eliminado BEN LADEN, termina el autor, los "jihadistas ya están decapitados y pronto podrían hacerse transparentes. Es desde luego muy pronto para afirmarlo, pero la revolución árabe hace que sea posible este desenlace".

"Novena lección.—Palestina siempre en los corazones.

El capítulo podría resumirse, si nos limitamos a una ojeada superficial, a una constatación fáctica que el propio autor formula en una breve página introductoria, a saber que para todos los ciudadanos jóvenes de los países árabes sin excepción, desde el Golfo Pérsico hasta las costas atlánticas de Marruecos, no ha existido desde fines de los ochenta y cada vez más en la década de los noventa y en la casi toda la primera de este siglo XXI, cuestión política y sentimentalmente más acuciante que la ocupación de Palestina por Israel. Una juventud hastiada de una información casi exclusivamente nacional dominada en casi todos los Estados árabes por una propaganda monótona y exclusiva a favor del Gobierno nacional, sólo ha podido tener acceso, con cierta libertad de información, a un panorama exterior digno, por tratarse de un pueblo árabe, de interesar las mentes y hacer vibrar los corazones, la evolución de las relaciones entre palestinos e israelíes y principalmente en los úl-

timos diez años entre las tendencias o facciones que dividen a los propios palestinos. Todo ello no sólo, como recuerda FILIU, porque la prensa, la radio y la televisión de cada Estado no podía dejar de divulgar lo que sucedía en Cisjordania y en el enclave de Gaza, aun así con reservas y limitaciones impuestas por la censura gubernamental, sino también, mejor dicho principalmente, porque mientras tanto aparecían y se desarrollaban las técnicas y ámbitos de comunicación informática -cibercafés, Internet, *Facebook*, etc.- y finalmente (por no decir decisivamente) por la aparición del primer gran medio árabe independiente, la cadena radiotelevisiva *al-Jazira*, seguida todos los días por millones de oyentes y telespectadores (incluso por numerosos ciudadanos árabes de toda condición residentes en países europeos).

No vamos a reproducir el relato del gran movimiento casi continuo de movilización popular en el mundo árabe a favor de la causa palestina. Sólo señalaremos que las primeras movilizaciones fuera de Palestina empezaron paradójicamente con una causa carente de relación con los territorios ocupados, a saber la invasión de Kuwait por el Irak de Saddam HUSSEIN en 1990, acto al que se adhirió sin reservas la Autoridad nacional de Palestina, bajo la jefatura entonces indiscutida de su fundador Yasser ARAFAT. Miles y miles de jóvenes se movilizaron por doquier a favor del dictador iraquí, mientras los gobiernos árabes se polarizaban en dos bloques diplomáticos, uno a favor y el otro en contra de su acción bélica. A lo largo de los años siguientes se repitieron las manifestaciones con motivo de acontecimientos especialmente violentos, como la reocupación de los territorios palestinos por el ejército israelí en marzo de 2002 y el bombardeo aéreo y artillero de la ciudad de Gaza por Israel en diciembre de 2008-enero de 2009 (bautizado por los propios atacantes como operación "plomo endurecido").

Ahora bien, dos factores nuevos, la aparición de Turquía, bajo el mandato del Primer Ministro Tayyip ERDOGAN, islamista moderado, como potencia mediadora, y más aun el horror y el hastío causados en sectores cada día más numerosos por la violencia sangrienta del enfrentamiento entre las dos alas o facciones del movimiento de liberación palestino, la moderada y pro-occidental, que, constituida por la Autoridad residente en Ramallah, domina Cisjordania, y la ra-

dical e islamizante, del movimiento *Hamás*(4) , que domina totalmente (pero exclusivamente) la ciudad de Gaza, sin posibilidad de triunfo para ninguno de los dos, han determinado el nacimiento de nuevas tendencias e iniciativas . Así en diciembre de 2010 un reducido pero influyente grupo juvenil en Gaza , compuesto por trabajadores sociales y artistas locales, ha difundido en *Facebook* un “Manifiesto de la juventud de Gaza”, en el que expresan su cólera de verse “encarcelados por Israel, maltratados por *Hamás* y totalmente ignorados por la comunidad internacional” y, condenando por igual AL-FATAH (el partido único en el que se apoya la Autoridad palestina), denuncian una “pesadilla dentro de la pesadilla”, en la que la arbitrariedad de los milicianos locales resulta agravada por la ocupación israelí.

Tres meses después, a mediados de marzo de 2011, unos miles de jóvenes se manifiestan en las calles de Ramallah y muchos más, unos veinte mil, en la plaza del Soldado Desconocido de Gaza. Estos últimos son agredidos por partidarios de *Hamás*, y la jornada, seguida de un nuevo enfrentamiento con Israel, termina en la confusión. Pero esto no impide que los militantes de la “juventud de Gaza”, reiteren su llamada no violenta a la unidad. El 27 de abril, sólo unas semanas más tarde, *Hamás* y *al-Fatah* firman en el Cairo un acuerdo totalmente inesperado de reconciliación, cuya clave reside, según el autor, en la inversión de la posición de Egipto tras del derrocamiento de Hosni MUBARAK, pero al que no ha dejado de contribuir, siquiera en medida modesta, la nueva dinámica popular de ambas partes del territorio palestino.

En sus conclusiones el autor reconoce que sigue existiendo un foso importante entre, por una parte, ” la familiaridad con la causa palestina” de la generación “ascendente” ha desarrollado a lo largo de los años y, por otra, su capacidad de “ traducir esta empatía espontánea en términos políticos”, foso que ha sido excavado por el juego de las facciones en Cisjordania y en Gaza, pero también en Jordania (donde existe, como recuerda el propio FILIU, la mayor concentración de palestinos del mundo). Además, los movimientos de oposición triunfan-

(4) En árabe, “entusiasmo”.

tes han desplazado del primer plano a los palestinos y estarán obligados por añadidura, a concentrar todos sus esfuerzos por muchos años en la reconstrucción política y la modernización social de su propia nación antes de poder actuar con influencia en la esfera internacional.

Ahora bien, estas limitaciones de gran dimensión no significan que la agitación democrática en toda la región de Oriente Medio haya arrinconado o borrado la cuestión palestina. La tragedia palestina está profundamente integrada en la “dimensión ética” de esta revolución sin jefe que sostiene a los palestinos como pueblo, y, si bien el provenir de Palestina y en especial el de Gaza van a depender en buena parte de los próximos acontecimientos en la escena internacional, la realidad es que se han dado en la sociedad palestina los “precedentes alentadores de una militancia ciudadana y de unas protesta no violenta” susceptibles de producir efectos a largo plazo.

“Décima lección.—El renacimiento no es una partida de dominó”.

“La revolución árabe es un renacimiento”, empieza diciendo el autor. Según FILIU, la *intifada* democrática de nuestros días es, en efecto, una prolongación histórica del movimiento decimonónico que, convencionalmente conocido como *al-Nahda* (la resurrección o el resurgimiento), los historiadores han convenido en calificar como la primera revolución moderna del mundo árabe, concretamente la emancipación de Túnez y Egipto en el siglo XIX y de la Península Arábiga ya en el XX frente al Imperio Otomano, y que, por lo demás, no se ha consumado hasta bien entrado el siglo XX con la transformación de los diversos territorios árabes en Estados nacionales formalmente modernos.

Hay, eso sí, diferencias significativas : *al-Nahda* fue un movimiento minoritario y elitista de las clases medias urbanas que, sin perjuicio de inspirarse en la cultura y las instituciones de las potencias europeas protectoras (fundamentalmente Francia y Gran Bretaña), aspiraban a la independencia nacional, no sin una invocación sentimental a la unidad de todos los árabes (panarabismo) por encima de las fronteras mantenidas en unos casos, impuestas en otros, por esas mismas potencias. Por el contrario, la revolución actual es un movimiento declaradamente democrático (no simplemente liberal) que se desarrolla en el marco geográfico e institucional de cada uno

de los Estados y que no apela a la fusión o confederación entre hermanos de lengua, cultura y, en gran parte, de raza. Es cierto que la revolución triunfante en Túnez ha estimulado las que ya se incubaban en Egipto, Yemen, Libia y Siria y que las masas juveniles en todos los países de la región, desde Irak a Marruecos, se sienten solidarias como protagonistas de un ideal común de derrocamiento de regímenes autocráticos y corruptos e instauración de una democracia pluralista, pero no por eso dejamos de asistir, al menos por ahora, a movimientos específicamente domésticos.

Otro rasgo común que advierte FILIU en estas sublevaciones populares, con excepción de la de LIBIA, y que le hace sentirse discreta o prudentemente optimista a largo plazo, es su carácter generalmente pacífico. No se ha tratado de insurrecciones armadas ni de campañas terroristas, sino de manifestaciones populares en las que las víctimas han sido en su inmensa mayoría consecuencia de represiones brutales de las fuerzas del orden (la excepción libia se ha debido a la necesidad ineludible de los disidentes de la región oriental del país de armarse y organizarse militarmente para evitar que las fuerzas gubernamentales –en este caso el Ejército y no simplemente la policía- cometieran matanzas indiscriminadas si recuperaban el dominio de la zona).

Como acabamos de señalar, el autor se muestra esperanzado por un lado, cauto por otro. En efecto, anuncia –y éste es el aspecto positivo de su pronóstico que la “dinámica de desafío y responsabilización no va a detenerse con el derrocamiento del dirigente envejecido”. Antes bien, ya se anuncian otros “días de ira” en el seno de partidos, sindicatos o asociaciones en los países recién liberados. Pero es que además se trata de “una oleada regional que no perdonará de un modo u otro a ningún sector”. Esta presión de las bases, de todas las bases, no va a cejar en el desbordamiento de la relación tradicional de los regímenes árabes entre el palo de la represión política y la zanahoria de la redistribución paternalista.

Ahora bien, el autor avisa –y ésta es la parte negativa- que esta resistencia popular carente de jefe visible será a veces rechazada, que conocerá en algunos casos largos puntos muertos, que podría incluso sobrevenir un cambio de escenario que invierta la relación de fuerzas. “He aquí por qué la singularidad de esta revolución se declina y

se declinará en una pluralidad de movimientos, de destinos y ritmos en mutuo contraste”. Más expresivas son aun las últimas líneas del capítulo: “...la rehabilitación del buen gobierno sólo será parte de los inmensos retos que afrontar en materia de empleo, de vivienda y de infraestructuras públicas. Aquí es donde radican los déficits árabes, que no tienen nada que ver con la cultura o la religión, y harán falta décadas para superarlos”.

El libro concluye con un dístico un tanto eufórico y pomposo:

“La historia se ha puesto en marcha en el mundo árabe.
El segundo renacimiento no ha hecho más que empezar”

III. OBSERVACIONES FINALES

Primera.- Como queda apuntado al principio, se trata de una obra minuciosamente documentada, que ofrece en sus diez capítulos y con un estilo casi periodístico un relato ameno y completo (si bien algo reiterativo en algunos puntos) del conjunto de acontecimientos que han conmocionado mundo árabe de diciembre de 2010 a mayo de 2011.

Segunda.- La obra destila no ya comprensión benévola, sino simpatía apologética por el mundo árabe, especialmente en lo cultural y lo ideológico, hasta el punto de que, como se recordará (ver Capítulo Segundo), el autor llega virtualmente a atribuir a la influencia de las potencias colonialistas europeas del siglo XIX la confusión entre lo político y lo religioso, lo secular y lo espiritual, que caracteriza a determinados regímenes de la religión y que, más aun, constituye el pilar ideológico y programático de los movimientos islamistas. Bien es cierto que enseguida matiza su posición reconociendo “el componente religioso de la identidad colectiva individual” de la sociedad árabe en su conjunto, pero el lector extrae en definitiva la impresión de que se descarta implícitamente, con manifiesto optimismo, la hipótesis de que en un futuro no remoto el islamismo radical o fundamentalista logre hacerse con el poder en Egipto, Túnez, Yemen, Libia o Siria. No se niega que esto pueda suceder, pero, repetimos, se da a entender que no es lo probable.

Tercera.- Como Jean Pierre FILIU afirma en varios capítulos la revolución árabe (especialmente hacia el final del décimo y último) es democrática e integradora, lo cual parece ser cierto en principio, pero aquí nos encontramos de nuevo con la reserva o salvedad de que una parte, hoy por hoy minoritaria, pero no exigua y en cualquier caso muy activa y muy dinámica, de las fuerzas populares triunfantes (especialmente en Egipto y Yemen), proclama la ley coránica, la *sharía*, como pilar fundamental del Estado, incompatible como toda idea no ya de de laicismo, sino de separación entre lo civil y lo religioso en el ordenamiento jurídico. Pues bien, el autor no dedica una sola línea, ni siquiera en el último capítulo, a la posibilidad de que se imponga esta tendencia, evocada hasta la saciedad por políticos e intelectuales árabes y por la inmensa mayoría de los observadores y analistas internacionales; más aun, llega a decir en las últimas líneas del Capítulo final (como hemos transcrito). que los déficits actuales del mundo no árabe “no tienen nada que ver con la cultura o la religión”, opinión que personalmente respetamos, pero que ningún lector avisado puede compartir a la vista del desarrollo de los acontecimientos y en particular de las manifestaciones reiteradas de los líderes fundamentalistas.

Cuarta.- En realidad, simple corolario de la anterior. Parece aventurado, por pecar de optimismo preconcebido, el título, y al mismo tiempo tesis, del Capítulo Séptimo: “Los islamistas contra las cuerdas”. Una cosa es, y esto sí lo demuestra convincentemente el autor, que de momento los islamistas no hayan conseguido ni convertirse en punta de lanza del movimiento revolucionario ni vayan a realizar de aquí a tres o cuatro años sus aspiraciones hegemónicas y otra que ni puedan lograrlo a medio o largo plazo. No sería la primera vez en la historia contemporánea que una minoría fanática y férreamente disciplinada se alza con el poder absoluto socavando paulatinamente, y al final asaltándolo frontalmente, un Estado sin voluntad ni capacidad moral de resistencia de resistencia.

Quinta.- Nos parece en cambio convincente y muy ilustrativo y enriquecedor el análisis de los movimientos de masas inorgánicos, sin jefes visibles ni organización digna de este nombre, que se hace en los capítulos tercero y más aun cuarto y quinto. Queda en efecto demostrado que la revolución árabe no ha necesitado estructura ni

encuadramiento, dicho más familiarmente ha triunfado pura y simplemente desde abajo. En este sentido formal sí que cabe afirmar que ha sido una “revolución democrática”.